

otro tan desmesurados que ha de limitarse a vivirlos en el espacio negro de su fantasía.

La otra dirección de la dimensionalidad en el paisaje es la vertical, representada fundamentalmente por las altas cadenas de montañas. *Spranger*, cuando nos sitúa ante el conjunto de la vivencia en la que por principio están contenidos todos los actos posibles de sentido, dirigidos a un valor, pero en la que de continuo ejecutamos enfoques parciales con arreglo a un valor elegido—económico, teórico, estético o religioso (luego se añadirán el social y el político)—, ejemplifica justamente con la visión de una cadena de montañas y hace ver cómo en tal vivencia hay siempre una referencia a las circunstancias de energía del sujeto, se despierta la idea de que la cadena de montañas se nos interpone como un muro. La misma medida que en llano nos sería indiferente—¿qué es una distancia de un kilómetro?— como dimensión de altitud nos produce un efecto imponente. «Sabemos» por experiencia qué esfuerzo necesitaríamos para vencer semejante obstáculo. En la mole, en la masa, hay algo de opresión, no nos produce un daño real pero actúa como resistencia, como presión agobiadora del mundo exterior. Nos encontramos, pues, en plena zona económica del sentido.

A la magnitud del paisaje en verticalidad se le denomina, mayestática, sublime, gigantesca, agobiante, adjetivos todos que subrayan claramente las relaciones de poder entre el hombre y las cumbres. *Hellpach* piensa que en el efecto de la naturaleza sobre una población en conjunto, debe jugar un papel más importante la dimensión—juntamente con la forma—que el color.

El paisaje pictórico

Una rápida y panorámica visión del paisaje a través de la historia del arte pone de relieve el predominio en las diversas

